

SE dice a menudo que los Estados Unidos es un país de contradicciones. Esto no significa necesariamente que haya más contradicciones en los Estados Unidos que en otros países, sino que esas contradicciones son más exacerbadas, se hacen más obvias. En las ciudades grandes de todos los países desarrollados hay barrios miserables, que contrastan con la riqueza de los barrios de las zonas privilegiadas. Sin embargo, el contraste no es tan profundo como el que existe, por ejemplo, entre Harlem, el ghetto negro de Nueva York, y el Midtown o Downtown de Manhattan, donde está el centro económico del mundo; se hace difícil conciliar el enorme poder ostensible en el área de Wall Street con el abandono desolador del barrio negro que está a no mucha distancia, en la misma isla de Manhattan.

Las razones de estas contradicciones, aunque diversas, tienen un origen común: un sistema económico y social preocupado más en la abundancia indiscriminada que en su organización racional y justa distribución. No es mi propósito analizar estas razones, sino uno de esos contrastes característicos de la sociedad americana, que se da en el campo de la cultura.

La cultura americana tiene lugares excelentes donde realizarse: las Universidades. Hay en los Estados Unidos más de tres mil centros universitarios. Un número proporcionalmente elevado de la población sigue estudios superiores. Las Universidades son grandes instituciones del saber. Una buena parte de la ciencia del mundo se hace en ellas. En el área de las humanidades, las Universidades generan nuevas ideas y corrientes que se propagan luego a otros países. La vida de la Universidad americana es creadora; busca y premia la innovación. Se diferencia de la de otros países que se basa en el mimetismo. Se da gran importancia a los centros que sirven como instrumentos para la investigación: los laboratorios y las bibliotecas están muy bien provistos y están organizados de manera que puede beneficiarse de ellos todo el mundo, no sólo una pequeña minoría. El sistema de contratación y promoción del profesorado está concebido de manera que el profesor, para conservar o mejorar su puesto, se ve obligado a mantenerse activamente informado de las nuevas tendencias de su especialidad. Para subsistir hay que publicar (según indica el conocido *publish or perish*). Obviamente, no todo lo que se publica es bueno, pero se crea la necesidad y el hábito de la creatividad constante. La excelencia y buena organización de la Universidad americana



La cultura se halla y se crea muy bien en las Universidades norteamericanas; el problema es que se queda sólo en ellas.

La cultura y la sociedad americana

GONZALO NAVAJAS

na ha llevado a que se diga con frecuencia que la Universidad es lo mejor de los Estados Unidos.

La cultura se halla y se crea muy bien en las Universidades. El problema es que se queda sólo en ellas. Hay una rígida separación entre la cultura y la sociedad. Ambas no se comunican. El intelectual encuentra en la Universidad un mundo seguro, refugio estable en el que puede llevar a cabo su labor en condiciones idóneas. Las cosas funcionan bien dentro de él, pero su salida al exterior encuentra numerosos impedimentos. Esto no perjudica tal vez a la investigación científica: el acceso a las diversas ramas de la ciencia ha quedado confinado a una exclusiva minoría de especialistas sin contacto con el exterior. Las consecuencias para las humanidades son graves. Las humanidades requieren de manera esencial el contacto vivo con la sociedad. Debe haber entre ambas un movimiento de interacción e influencia mutua.

La Universidad americana se ha hecho con el tiempo generosamente inclusiva. Acoge incluso al escritor que tradicionalmente ha estado marginado de la sociedad. Saul Bellow, el reciente Premio Nobel, es

profesor permanente desde hace años en la importante Universidad de Chicago. Otras Universidades han dado protección a escritores extranjeros, como a los exiliados españoles de la guerra civil. Escritores actuales, como Robbe Grillet o Anthony Burgess, enseñan bien subvencionados cursos en diversos centros del país. Sin embargo, fuera de su lugar asignado, el intelectual tiene un papel de muy escasa influencia dentro de la sociedad. Nadie le escucha. La mayoría de los americanos le ignora o incluso abiertamente le desprecia. La actitud de la omnipresente **Middle America** es clara: hay que tolerar a la cultura y al intelectual dentro de sus límites reducidos; asfixiarlos totalmente sería crear enemigos especialmente peligrosos por su inteligencia. Quien tiene poder y prestigio es el **businessman**, el hombre emprendedor que simplemente actúa, sin cuestionar la ética de sus actos o del sistema en que se mueve. En los Estados Unidos subsiste aún la mística, propia del capitalismo decimonónico, del hombre que es capaz de crear riqueza para el supuesto beneficio de todos. El intelectual se queda así sin voz y sin audiencia. Los más destacados

pueden llegar a recorrer el enorme país de una costa a otra dando conferencias en el remunerativo **lecture circuit**. El lugar donde se les escucha es siempre el mismo: la Universidad.

Estos hechos conducen a la impresión de aridez cultural que da la vida americana. El americano medio es diferente o sospechoso hacia la cultura. Tiende a valorarla no por sí misma, por lo que tiene de enriquecedor de la personalidad, sino porque es un medio de ascenso económico y social. Ve además en la cultura una amenaza. Sabe que el intelectual cuestiona sus valores con argumentos sólidos; le recuerda los innegables defectos de su sociedad, que él, con prudencia egoísta, procura olvidar. Ronald Reagan representa esta actitud más exactamente que otros políticos americanos. Ha sabido recoger y expresar la angustia del americano medio que se niega a aceptar ningún cambio que altere el orden, que él juzga ideal, de su sociedad capitalista, blanca y cristiana. Cuando Reagan fue gobernador de California, inició una campaña sistemática de ataque a la Universidad de California, que es el sistema universitario más importante

del mundo. Redujo considerablemente los necesarios fondos de la Universidad y perjudicó sus planes de desarrollo. Hizo esto como represalia a la actitud contestataria de estudiantes y profesores.

La cultura cumple normalmente una función de revisión de los principios de la sociedad y de sensibilización hacia los valores más genuinamente humanos. A causa de la marginación del intelectual, la vida cultural e ideológica americana queda a cargo de mentes mediocres o interesadas. Esto se advierte, por ejemplo, en el área de la información. Suele decirse que el público americano es el mejor informado del mundo. Esta afirmación es cierta sólo en lo cuantitativo, no en lo cualitativo. Se basa en la abundancia de la información, sobre todo a través de la televisión, que emite programas todo el día por medio de numerosos canales. Sin embargo, la información se hace con un criterio selectivo trivial que menosprecia los hechos realmente significativos en el país o en el mundo. La prensa sigue parecida tendencia. En este caso, los efectos son más graves: el periódico carece —o debe de carecer— de la función de entretenimiento que se asocia con la televisión; tiene una función más crítica y formativa. Sin embargo, la prensa sigue la misma trivialización. Además, el número de periódicos es mínimo, incluso en las grandes ciudades. Ciudades con varios millones de habitantes no tienen más que un periódico de importancia. Esto tiende a crear uniformidad y falta de discusión crítica de hechos e ideas. Ciertos temas —el socialismo, por ejemplo— están rigurosamente omitidos. Hay libertad completa para tratarlos; pero intencionadamente no se hace. El público se queda así sin alternativas renovadoras para los problemas nacionales y del mundo.

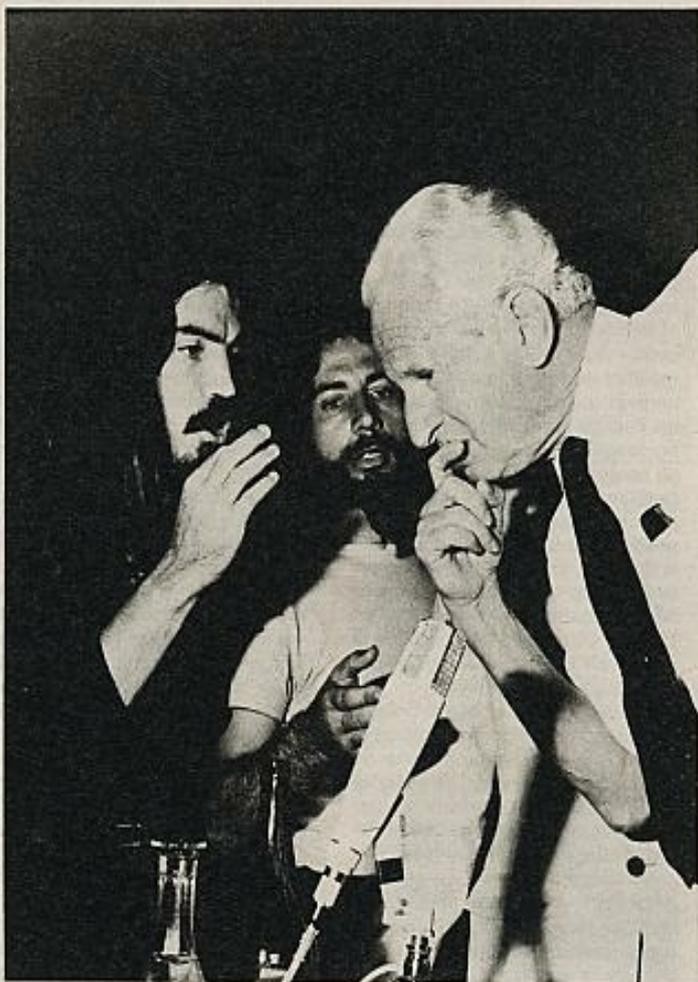
La información en la prensa sobre política extranjera es muy escasa; en muchos periódicos simplemente no existe. Esto lleva al olvido de las responsabilidades de la conducta americana en el mundo. El americano no reacciona frente a los excesos de los Estados Unidos en otros países, en gran parte porque no sabe que ocurren. La consecuencia es la impunidad de estos actos. La política exterior está basada en un pragmatismo cerrado que no moderan aspiraciones éticas o humanistas. Kissinger ha presentado bien esta política; no hay amigos o enemigos permanentes; hay sólo intereses permanentes. Una participación activa de la Universidad en la sociedad podría modificar esta situación. Las ideas de renovación de la sociedad se

discuten en las aulas. En ellas se proponen soluciones. Pero estas ideas acceden a la sociedad sólo tímidamente. No contribuyen a cambiar la orientación de los organismos del poder en Washington.

El movimiento contestatario de la década de 1960, amparándose en un acontecimiento suficientemente obvio y doloroso como la guerra del Vietnam, intentó un cambio por medio de la movilización moral e intelectual del país. El movimiento partió de las Universidades, pero buscó extenderse rápidamente a toda la sociedad. Los estudiantes querían humanizar la vida americana. Hubo errores y excesos ingenuos. Pero el movimiento proponía principios válidos. Uno de ellos era una concepción comu-

Los supuestos básicos de la sociedad siguen inalterables. Hay incluso un movimiento de retroceso a los antiguos modos. La juventud que ingresa hoy en las Universidades se confiesa apolítica e indiferente a los temas que no le afectan personalmente. Está interesada en un futuro profesional cómodo y económicamente seguro. Las humanidades —la sociología, la literatura, etc.— están experimentando un constante retroceso.

El intelectual americano se mueve entre la frustración o la apatía. Su trabajo es a menudo brillante, pero sin consecuencias. Su situación es más desesperada que la del intelectual europeo. Tiene menos razones para la esperanza del cambio. Su soledad es también mayor.



La Universidad americana acopja a intelectuales abiertamente críticos del "establishment". Sin embargo, fuera del lugar asignado, el intelectual ejerce muy escasa influencia sobre la sociedad. En la fotografía, Herbert Marcuse.

nitaria de la existencia frente al individualismo implacable que caracteriza muchos aspectos de la vida americana. Otro era la superación del divorcio de la cultura y la sociedad.

El movimiento fue intenso, pero breve. Ha dejado alguna huella en el país, sobre todo en las relaciones humanas; en general, ha fracasado.

CUATRO GRANDES NOVEDADES DE
editorial Fontamara
Erenza, 116
Tel. 325 16 83 Barcelona 15
Ayer y hoy del Socialismo

Enrico Berlinguer
LA «CUESTION COMUNISTA»
Teoría y práctica del nuevo comunismo.
El secretario general del Partido Comunista Italiano desarrolla las bases teóricas y políticas del Eurocomunismo, mostrándonos su concreción práctica en todos los terrenos de la lucha política.


Andreu Nin
LOS MOVIMIENTOS DE EMANCIPACION NACIONAL
El céndente tema de las nacionalidades.
La más brillante síntesis manuscrita sobre la cuestión nacional, escrita por uno de los más grandes pensadores socialistas españoles.


León Trotsky
LA REVOLUCION TRAICIONADA
¿Qué es y a dónde va la Unión Soviética?
¿Por qué venció Stalin?
El líder socialista responde a todas estas preguntas en su libro, indispensable para comprender un debate aún no concluido. Versión castellana de L. Trotsky.


N. Bujarin - Probratzenki
ABC DEL COMUNISMO
La más completa exposición de los principios del comunismo.
Manual de formación del partido bolchevique, redactado por estos dos dirigentes según encargo recibido por el propio Lenin. Una síntesis brillante de la herencia teórica del marxismo y las aportaciones del bolchevismo.


Libros distribuidos por:

 **ZYX/sa**

Lárida, 82
Tels. 279 85 91/279 71 99
Madrid-20